

¿Qué tanto nos importa el Silencio nocturno?



He tenido noches de insomnio muchas veces en mi vida, es más, es algo tan común, que podría pensar que en algún momento algo pasó conmigo y el regulador

de serotonina se descompuso. Nunca, en ningún momento había tenido una experiencia tan aterradora como la del día de ayer por la madrugada. No atinaba a entender bien a bien que estaba mal, afine mis oídos intentando escuchar algo. Nada, esa fue la respuesta. De golpe entendía lo que estaba mal.

Ciudad de México es una megalópolis que nunca duerme, no importa la hora del día o de la noche, los ruidos de la ciudad emergen como si fueran malestares estomacales por lo devorado en cualquier jornada en particular. Resulta aterrador no escuchar nada, ni aún los perros que de continuo ladran por cualquier cosa.

Asomado por la ventana, la calle se ofrece desierta, los minutos transcurren y la avenida sigue igual, me he quedado sentado en una silla viendo hacia el exterior, las primeras luces de la madrugada llegaron, pero los sonidos se negaban a regresar. Me recosté, la mirada fija en el cielo de mi habitación. Finalmente, el tan esperado ruido de un escape y un rugido, más parecido a un ronroneo se dejó escuchar. Fue

un arrullo, los siguientes ruidos, esporádicos al principio, me amodorraron y me quedé dormido.

Conforme los días del mes de abril se van agotando, vamos tomando percepción clara de lo que ocurre fuera, en las calles, en las amplias avenidas de mi ciudad. Los noctámbulos se han ido haciendo cada vez menos, aquellos que siguieron aventurándose durante un tiempo con la negación de que la ciudad se queda en una especie de hibernación suspendida es real. Esta negación dejó de presentarse, poco a poco, quienes suelen vivir en las sombras de la noche o que se alimentan de las luces artificiales, de la frivolidad y el bullicio comenzaron a desvanecerse.

La ciudad recobra durante el día parte de la vitalidad que le es característica, esto se debe en cierta medida al cinismo de quienes desdeñan las recomendaciones que las autoridades hacen respecto a la seguridad personal.

No importa si dichas autoridades se han comportado timoratas o no con respecto al manejo de la emergencia nacional. Se trata más bien de una situación de sentido común. Quedarse en casa se ha convertido en una situación de vida.

Habrà quien diga que esto ocurre porque la gente se ve obligada a salir de sus casas buscando algo que llevar a sus familias para su manutención. Esa es una respuesta válida. Este sector, se expone y se vuelve vulnerable porque no tiene otra opción. Existe un grueso de población que no pertenece a este sector y que si tiene la posibilidad de atrincherarse y ver desde la ventana como la ciudad busca una forma de sanación y en la cual nosotros no hacemos lo posible por ayudar.

Como disculpar a quienes desoyendo recomendaciones no les importa poner en riesgo su propia vida. En qué momento estos kamikazes decidieron correr el riesgo sin importarles poner en riesgo a quienes supuestamente más aman.

Vemos entonces, una situación de falsedad clara de una parte de la sociedad, las playas abarrotadas durante este mes, los centros comerciales donde asisten, sin el escrúpulo de sus padres, niños tomados de las manos que no entienden la magnitud del problema. Las tertulias que continúan en algunos sectores con la participación de vecinos que se hartan del encierro.

No todo se centra en ataques hacia un gobierno débil y con una precaria dirección. No, se trata de una situación real de vida, de nuestra vida. Por desgracia, ocurre lo mismo que cuando salimos a manejar en carretera, nuestra vida siempre dependerá de la pericia de quien vaya tras el volante del vehículo que viene de frente a ti.

Cuando alguno de los miles de vacacionistas regrese, y por mala fortuna resulte positivo a la enfermedad que aún está lejos de presentar su peor cara. Exigirán para ellos o para sus queridos familiares, una cama, un respirador, medicamentos. Se enfrentarán entonces a un servicio de salud colapsado, ineficaz para tratar con la cantidad de enfermos que se puedan presentar.

Lo peor del asunto, es que llegado el momento, como ya ocurrió en poderosos países del primer mundo que se han puesto de rodillas ante un bichito invisible, los médicos se enfrentarán al dilema de tener que escoger entre las personas que ofrezcan mejores posibilidades para seguir viviendo.

Por qué tiene que ser así, y si el anciano que se quedó en su casa fue contagiado por mala ventura, aun estando en su casa, cumpliendo con la recomendación de quedarse, mientras el joven, en pleno uso de su irresponsabilidad se contagió aun a sabiendas de que podía ocurrir. Y si, el respirador será para él, para el irresponsable que decidió poner en riesgo la vida de los demás. Luego entonces, no estamos salvando lo menor de nuestra humanidad.

¿Deseamos que las noches sigan abrumadas por el silencio en sus calles? No lo creo, porque entre más lo pienso el día de hoy, no fue una noche de insomnio. Fue más bien una pesadilla.